

Revista de **Filología Alemana**

ISSN: 1133-0406

[http://dx.doi.org/10.5209/rev\\_RFAL.2016.v24.52833](http://dx.doi.org/10.5209/rev_RFAL.2016.v24.52833)EDICIONES  
COMPLUTENSE

Kafka, Franz: *La metamorfosis*. Trad. y epílogo de Isabel Hernández. Prólogo de Juan José Millas. Ilustraciones de Antonio Santos. Madrid: Nørdicalibros 2015. 149 pp.

Se cumple un siglo de la publicación de *Die Verwandlung*, uno de los relatos más impresionantes de la producción literaria de Franz Kafka (1883-1924) y más influyentes en la literatura mundial desde que la historia protagonizada por Gregor Samsa viera la luz en la mítica revista *Die Weißen Blätter* en octubre de 1915 bajo la dirección de René Schickele (1883-1940). Con motivo de esta efeméride, la editorial Nørdicalibros ha reeditado *La metamorfosis* con una nueva y excelente traducción de Isabel Hernández, prologada por el escritor Juan José Millas y magníficamente ilustrada por Antonio Santos. El diseño y la calidad de la edición llevada a cabo por Nørdicalibros están, sin duda alguna, a la altura de la calidad del texto que albergan sus páginas.

El prólogo de Juan José Millás y el epílogo de Isabel Hernández son complementarios y contribuyen a enriquecer la experiencia de la lectura de una obra que en sí misma supone un acontecimiento personal en la vida de cada lector. El prólogo titulado *Mamíferos e insectos*, relata la relación secreta del escritor con la obra de Kafka. En el texto de J. J. Millás se establece un entretenido juego de *Doppelgänger* literarios entre *La metamorfosis* de Kafka y *Ulises* de James Joyce y se da cuenta de una pequeña historia íntima de la recepción de la obra de Kafka en España y su influjo en la vida del escritor, que encuentra en el relato de Kafka un relato perturbador por su aparente sencillez y su infinita complejidad al mismo tiempo. Isabel Hernández, por su parte, explica en su epílogo el origen del desasosiego personal que produjo una obra como *La metamorfosis*, para que el lector comprenda las circunstancias y la persona que hicieron posible la aparición de una obra tan singular en la historia de la literatura.

Traducir no es una tarea sencilla; si lo fuera, los traductores se pondrían de acuerdo en asuntos como es el caso de la traducción del título de una obra para el que ha habido cien años para llegar a una conclusión. La disparidad de criterios en algo que pudiera parecer sencillo, como es la traducción de un título, es también un síntoma de que la traducción de textos literarios adquiere una naturaleza de (re)creación por la que el autor de la traducción es responsable de llamar a su traducción de la manera que considere más oportuna, más fidedigna o más adecuada. La polémica desatada en torno al título del relato de Kafka en los últimos tiempos, al contrario de lo que pudiera pensarse, es un síntoma de la buena salud editorial de la que goza nuestro país, de la madurez de los estudios de traducción y de la profesionalidad y formación de los traductores literarios que se hacen cargo de ellas. Isabel Hernández, la traductora del ejemplar que aquí se reseña, y que prefiere tra-

ducir *Die Verwandlung* como *La metamorfosis*, refiere lo siguiente en un artículo titulado *Tocar a un clásico* publicado el 25 de abril de 2015, en el que aparece también la opinión del traductor y editor Jordi Llovet, defensor de la otra versión del título, para justificar el criterio de traducir mediante un equivalente cultural el título de Kafka y demostrar así la idoneidad de su traducción. Pocas veces se tiene la ocasión de asistir a una polémica tan interesante desde el punto de vista traductológico, por lo que se citan y se comentan a continuación los aspectos más relevantes de esta enriquecedora polémica:

Modificar el título de un clásico es algo no exento de problemas, pero ciertamente de rabiosa actualidad en nuestros días. Por ello no me cabe duda de que quienes optan por traducir la obra de Franz Kafka como *La transformación* han reflexionado sobradamente al respecto y optado por el cambio pensando, seguramente, en que este término la dota “de un carácter de narración doméstica, urbana y biográfica, y no mitológica” (Jordi Llovet). Hay quien incluso se apoya para ello en las declaraciones al respecto que Jorge Luis Borges hiciera a EL PAÍS en 1983, sin saber, probablemente, que Borges, tal como manifestó en una entrevista a F. Sorrentino en 1977, nunca tradujo esta obra (ni tampoco, al parecer, las otras que conforman el volumen), pero, sobre todo, que, como él mismo expresó, sus conocimientos de la lengua alemana eran demasiado limitados como para poder hacer de sus palabras un referente en lo que a una traducción de esa lengua respecta (Hernández, *El País* [25.04.2015]).

Lo primero que hace Isabel Hernández es una reflexión sobre el carácter de entidad literaria propia que adquiere la recepción de una obra literaria traducida, a la que tilda de clásico, es decir, de una obra cuya recepción ya forma parte del acervo cultural en español y a la que se conoce por un determinado nombre. Que la obra de Kafka sea considerada un clásico cien años después de su publicación, es otro síntoma de la velocidad con la que avanza la historia de la literatura. Por otra parte, la traductora insta a que los traductores que optan por la otra versión contrasten antes las fuentes sobre las que basa sus criterios. De ello se deduce que es tarea del traductor meditar las consecuencias de sus decisiones y no tomarse a la ligera las decisiones de otros profesionales, como se indica en el siguiente párrafo:

“Es evidente que antes de apoyarse en determinados testimonios, estos han de ser comprobados. En el caso de un texto literario resulta, por lo demás, demasiado arriesgado calificar de “error” la traducción del título de una obra que ha desencadenado ríos de tinta y pensamiento, y que por su contenido, se quiera o no, entronca directamente con la tradición literaria de las metamorfosis. Es evidente que todo autor escoge con sumo cuidado las palabras que utiliza; Kafka escribía rápido y no solía revisar sus textos. Gran conocedor de la tradición clásica, no me cabe duda de que el término por él escogido, *Verwandlung*, le evocaba las metamorfosis mitológico-literarias, pues *Verwandlungen* fue el título que se dio en alemán a la obra de Ovidio hasta el siglo XIX (y aún hoy sigue recibiendo en muchos casos esa denominación: *Metamorphoseon libri = Bücher der Verwandlungen*). El propio Goethe, él sí una autoridad de la lengua alemana, utiliza el término *Verwandlungen* en sus textos literarios, y *Metamorphosen* únicamente para sus estudios científicos, tal es el uso que da la lengua alemana a esta pareja de términos” (Hernández, *El País* [25.04.2015]).

Para justificar la traducción de su título, Isabel Hernández, recurre a autoridades en la lengua original como son las traducciones de Ovidio al alemán o el criterio del propio Goethe en la elección de su léxico. La lengua de origen es la que sustenta el criterio de aportar un equivalente cultural en la traducción, pues incluso dentro del plano intralingüístico de la lengua original, la alemana, se establecen diferencias léxicas que hay que tener en cuenta en la traducción y que conducen a preguntarse qué equivalentes existen en la lengua y en la literatura a la que se traduce. La alusión intertextual de otras muchas obras al título del relato de Kafka, la propia tradición literaria de la lengua a la que se traduce, hace que se torne imposible para la traductora la decisión de cambiarle el título a un título tan conocido y asentado como *La metamorfosis*.

Otra de las lecciones que se extrae de esta polémica es que conocer y traducir la obra de un autor no convierte al autor de una traducción en intérprete de su intención primigenia, sino, en todo caso, en intérprete de lo que él mismo entiende que dice el original, mucho más, cuando no hay un testimonio explícito que nos refiera estas intenciones; caso de haberlo, lo mejor es tratar de contextualizar cada afirmación lo máximo posible, pues no hay texto literario que no forme parte de una determinada tradición, género o gusto personal a los que se adscribe consciente o, incluso, inconscientemente. De este modo concluye Isabel Hernández:

“Es difícil saber qué es lo que Kafka tenía en mente a la hora de titular su obra; no lo dice en sus diarios ni en sus cartas de aquellos años a Felice Bauer. Pero asimismo resulta difícil pensar que Kafka, que en su correspondencia se refiere al relato como una *Geschichte*, término que en su significado original es algo que sucede por casualidad, por intervención del destino, quisiera apartarse decididamente de la tradición literaria de las metamorfosis. De haber pretendido tal cosa, nunca hubiera utilizado un término que lo hubiera insertado directamente en la tradición del texto de Ovidio, cuyo correspondiente en español no es otro que “metamorfosis”. Ortega y Gasset, con mucha probabilidad, el autor de la traducción atribuida a Borges, no podía estar tan equivocado” (Hernández, *El País* [25.04.2015]).

Es evidente que tanto la traducción de *Die Verwandlung* como *La metamorfosis* o *La transformación* son correctas desde un punto de vista formal en ambos casos. Jordi Llovet justifica la elección del título *La transformación* como producto de dos fenómenos: uno histórico-tractológico y otro de naturaleza lingüística; así lo refiere en el mencionado artículo:

Casi me sabe mal haber sido el primero, en España, que le puso a una traducción de este relato el título de *La transformación*, en los años 1970. Más tarde me encargué de la edición de las *Obras completas* de Kafka para Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores y volví a optar por *La transformación*, en vez de *La metamorfosis*. En esa edición di cumplida noticia de mis razones. “Metamorfosis” y “transformación” son exactamente lo mismo: la primera es voz de raíces griegas, y la segunda, de raíces latinas. Kafka pudo llamar a su narración *Die Metamorphose*, pero prefirió llamar a su cuento *Die Verwandlung*, que es una palabra del más corriente alemán, como ya advirtió Jorge Luis Borges. También Gabriel Ferrater, que conocía bien la lengua alemana y el universo literario kafkiano, denominó *La transformación* a ese relato de Kafka en las páginas preliminares de su traducción de *El proceso* al catalán. Los esposos Muir le pusieron también este nombre (*The*

*Transformation*) en la primera edición de su traducción al inglés. Luego, animados por la versión anónima de los años 1920 publicada en la *Revista de Occidente*, y, muy en especial, por la pésima traducción de Vialatte al francés (*La Métamorphose*), pasaron a llamarla *Metamorphosis*, a veces con artículo, a veces sin él. Por fin, Malcolm Pasley, que fue ni más ni menos que miembro del comité de redacción de la más solvente edición crítica de las obras de Kafka en lengua original, promovió una nueva traducción al inglés del relato, con el título *The Transformation*, como ya señalé en el aparato crítico de mi edición citada. [...] Una simple lectura de la obra nos permite confirmar que no se trata de ninguna pieza de mitología ni de ciencia-ficción, ni capaz de entrar en los anales de la literatura fantástica: es una narración doméstica, anclada en los grandes modelos de Kafka: Kleist, Dickens y Flaubert. Por lo demás, en una de las primeras líneas de la narración se dice que Gregor Samsa se ha *transformado* (*verwandelt*) en un insecto (o bicho, o chinche, o escarabajo: *Ungeziefer*) monstruoso. Todos los traductores han trasladado esta voz, ya en el texto, como “transformado” o “convertido”; nadie ha puesto “metamorfosado”. Porque ese monstruo es humano: es el hijo de una familia burguesa convertido en coleóptero para señalar la distancia abismal que lo separa del resto de su familia. Es, en suma, un escritor de carne y hueso condenado a desaparecer a causa del contexto burocrático y comercial que lo rodea. Por esas razones siempre preferiré *La transformación*, aunque el título no llegue a cuajar nunca por culpa de Ortega y Gasset o de Fernando Vela, o por razones de “efectos especiales” (Llovet, *El País* [2504.2015]).

Literariamente hay una gran diferencia entre utilizar la palabra “transformación” o la palabra “metamorfosis”; por mucho que se quiera minimizar la semántica a un problema de etimología latina o griega, hay que contar con la tradición literaria y la carga semántica de las palabras. Si se siguiera la misma lógica del criterio de Llovet, se podría traducir el título del relato de Kafka como “La conversión”, aunque a ningún traductor en su sano juicio se le ocurriera, al menos hasta ahora, escoger el sustantivo “conversión”, debido a la cantidad de suspicacias que podría levantar una referencia religiosa de tal calibre. Eso invalida el criterio por el que el traductor justifica su elección aduciendo que nadie “ha puesto metamorfosado” a la hora de traducir el verbo *verwandeln*. Podría darse el caso de que un traductor utilizara para *verwandeln* ya no el verbo “transformarse”, sino “cambiar”, “volverse”, “mudarse”, o “trocarse”... ¿tendría que traducirse por ello el título del relato como “El cambio”, “La vuelta”, “La mudanza” o “El trueque”? Tampoco se entiende muy bien por qué Llovet asimila en su texto la profesión de Gregor Samsa, *Reisender*, un representante, un viajante o comercial de una empresa textil, a la condición de escritor de su autor. En ningún punto del relato se dice que Gregor Samsa escriba historias, si acaso, su padre confiesa ante la puerta cerrada del cuarto de protagonista que es aficionado a la marquetaría.

No obstante, hay que reconocer que lingüística y literariamente ambas traducciones de los títulos son adecuadas y que, más allá de las justificaciones de cada traductor, el éxito de cada una de ellas depende, como no puede ser de otra manera, de las sucesivas reediciones que tengan lugar con el paso del tiempo que en palabras de Borges es “el mejor antologista o, el único, tal vez”.

Kafka es un autor muy difícil no solo de traducir, sino también de entender en la lengua original, pues el alemán de Kafka es el de una minoría judía residente en

Praga en las primeras décadas del siglo XX. Kafka eligió la lengua alemana como medio de expresión para la creación de su obra literaria, mientras que en su vida cotidiana utilizaba el checo. Esta disociación entre la lengua cotidiana y la artística resulta sumamente interesante y es una muestra más del talento y las dificultades a las que el autor se enfrentó en la consecución de su obra; se sabe que a Kafka le llegaban más hondo las palabras en checo que en alemán porque, por ejemplo, le pedía a su amante Milena Jesenskà (1896-1944) que para hablarle de sus sentimientos le escribiera cartas en lengua checa.

El segundo gran problema que entraña la traducción de la obra de Kafka es, como se apuntaba en el citado fragmento de Jordi Llovet, saber en qué se convirtió (o se transformó) Gregor Samsa, ya que la formulación de Kafka desde la primera línea del relato es tan aséptica y paronomásica que queda abierta a todo tipo de interpretaciones. Ni siquiera en la lengua alemana está del todo claro a qué se refiere Kafka. El original dice así: “Als Gregor Samsa eines Morgens aus unruhigen Träumen erwachte, fand er sich in seinem Bett zu einem ungeheueren Ungeziefer verwandelt” (Kafka 1984: 5). Es difícil saber qué es un *ungeheuerer Ungeziefer*, pocas veces se dan en la literatura construcciones tan anfibiológicas como esta del comienzo del relato de Kafka. *Ungeheuer* cuando va en función de adjetivo se refiere al tamaño (enorme, inmenso) que algo ha adquirido inesperadamente. El diccionario monolingüe DUDEN indica en su definición del adjetivo *ungeheuer* que la palabra se utiliza para enfatizar emocionalmente el aumento de las proporciones del sustantivo al que acompaña, es decir, que algo ha aumentado sus dimensiones de una manera preocupante e impensada para el hablante y pone como ejemplo uno de índole económica: “el enorme aumento de los gastos”. Cuando es un sustantivo *Ungeheuer* significa monstruo, es decir, se refiere a lo que el D.R.A.E. define como “ser fantástico que causa espanto”. Por otra parte, la palabra *Ungeziefer* hace referencia a los parásitos y en un registro más familiar a cualquier tipo de bicho (en el sentido de insecto) que no debería encontrarse en una casa, que da asco como lo puede dar una cucaracha, un gusano, etcétera. En alemán resulta sumamente extraño el registro lingüístico de Kafka. Isabel Hernández traduce esta primera línea como: “Una mañana, tras despertar de un sueño intranquilo, Gregor Samsa se vio en su cama transformado en un monstruoso bicho” (Kafka 2015: 27). Se puede afirmar que se respeta el registro coloquial de Kafka y, a su vez, se utiliza una correspondencia similar a lo que sería el adjetivo *ungeheuer*, ya que “monstruoso” emparenta directamente con el sustantivo alemán *Ungeheuer* de modo que juega con la polisemia igual que lo hace el autor. En su segunda acepción para la palabra monstruoso el D.R.A.E. utiliza la definición de “excesivamente grande”, por lo que su traducción es absolutamente adecuada. El hecho de anteponer el adjetivo al sustantivo es una decisión clave en la traducción, de otro modo no se podría aludir al tamaño utilizando la misma palabra; no es lo mismo “un monstruoso bicho” que “un bicho monstruoso”. Se puede considerar que se trata de una traducción casi perfecta por todos los matices que subyacen tras ella, pues denota un profundo conocimiento de ambas lenguas y de todos los factores que intervienen en la selección de las palabras, tanto para ser lo más fiel posible al original en cuanto a la idea del autor, como al modo aséptico y extraño en el que parecía quererse transmitir. Esto solo supone una pequeña muestra de la dificultad que entraña la traducción de

los textos de Kafka y de la calidad que atesora la traducción llevada a cabo por Isabel Hernández.

Kafka nunca quiso que se supiera qué era exactamente en lo que se había convertido Gregor Samsa, de hecho prohibió que se dibujara o se sugiriera en la portada lo que era aquel *ungeheuer Ungeziefer*, aunque Nabokov (1899-1977) se dedicase luego a dibujarlo y multitud de editoriales incautas a lo largo y ancho del mundo se dediquen a poner todo tipo de insectos en las portadas. Cualquier edición de *Die Verwandlung* con un insecto en la portada tiene tras de sí a un editor con un profundo desconocimiento de la obra del autor, ya que no ha sido capaz de respetar la voluntad del original; es el lector el que tiene que decidir en última instancia el aspecto que tiene un monstruoso bicho. Ahí es donde radica también el mérito del ilustrador Antonio Santos, ya que ha respetado en todo momento la voluntad del autor: no hay ninguna ilustración a lo largo del relato que represente al monstruoso bicho en el que se convierte Gregor Samsa.

Esta reedición de *La metamorfosis* de Kafka está a la altura de un clásico moderno como el autor de Praga y, como se ha podido comprobar, es una buena muestra de la calidad y el mimo con el que se preparan y editan libros en el tantas veces –e injustamente– denostado mercado editorial español.

Fernando J. Palacios León  
Universidad Complutense de Madrid  
fjpalaci@ucm.es